

Clara Voghan

*Elegir
al mentiroso*

edición digital



© Clara Voghan, 2008

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados.

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO IV

Hizo a un lado la laptop, corrió algunos papeles. Colocó el individual sobre la mesa, los cubiertos, el hermoso juego de desayuno de un blanco níveo, sirvió el café, y una torta de chocolate recién horneada, tan deliciosa como tentadora.

Cárdenas, que solía levantarse famélico, desvió de inmediato su mirada del diario para dejarse seducir por aquel manjar. Pero en el preciso momento en que se inclinaba para tomarlo, un cuchillo surcó el aire, para clavarse en aquella masa esponjosa, a escasos centímetros de su bella nariz.

—Oye, Berta... Si lo que quieres es un aumento, hay mejores maneras de sugerirlo.

—¿Sabe lo que es eso?

—No soy un experto, pero parece un cuchillo.

—Es un cuchillo de montería. Se usa para caza mayor. ¿Alguna vez fue de caza?

—Maté a un león. No es algo de lo que me sienta orgulloso. Era muy estúpido cuando lo hice.

Paula no esperaba semejante respuesta. Pero de inmediato se repuso, y prosiguió.

—Pues este sirve para cazar cerdos salvajes. ¿Presenció la matanza de uno?

—¿De un jabalí?... No, nunca.

—Hay que internarse en el monte, sin más arma que una jauría de perros y un cuchillo como este. Claro que no se elige cualquier animal para la tarea. Se usan galgos, para que puedan correr hasta la presa, y una variedad de dogo, llamada “dogo argentino”, para que se enfrenten al cerdo, a la espera del cazador. Los dogos son unos perros blancos y de gran porte. Hay que llevar al menos seis. Créame, no hay crisis ni guerra sucia que justifique su nivel de fiereza. Sus criadores buscaron especialmente la cruce que los hiciera más salvajes y sanguinarios... Cuando se está en el monte, basta con soltarlos detrás de los galgos, para que de inmediato se traben en una lucha feroz con su víctima... ¿Alguna vez vio un jabalí?

—No creo.

—Los machos tienen grandes colmillos, y pesan bastante más de cien kilos. Así que cuando los perros los rodean, el monte se cubre de sangre. Un verdadero festín del horror. Una carnicería que apenas dura unos minutos. Si el cazador tarda en llegar, es probable que sólo encuentre a sus perros muertos. Y aún cuando la cacería sea exitosa, difícilmente retorna la misma cantidad de dogos que partió. A muchos hay que coserles las heridas allí mismo, si se quiere

salvarlos. Por eso el tiempo es vital. El cazador tiene que correr ni bien escucha los primeros chillidos del cerdo, y buscar el momento justo para clavarle el cuchillo, por debajo de las patas, en medio del corazón. No es tarea fácil. Claro que el tipo arriesga la vida, porque nunca se termina de doblegar a un animal así, sobre todo si está enfrentando la muerte... Pero para mí, a pesar del peligro, la actitud del cazador es cobarde y ruin. Un gesto del que sólo un humano es capaz.

—Por lo que veo, te opones a la caza del jabalí. ¿Quieres que escribamos un artículo denunciándola?

—Digamos que me opongo a la caza en general, pero más me opongo cuando la presa soy yo.

—¿A qué te refieres?

—¿Conoce a Mariana Lence?

—No.

—Y entonces, si no la conoce..., ¿por qué diablos se acostó con ella?

—¡¿Qué?!

—Anoche, “su” Mariana, la niña de carita inocente, que lloraba a mares, y que quería saber el motivo por el cual usted le “temía al amor”, me cortó el cuello con ese cuchillo.

—¡¿Cómo que te cortó el cuello?!

Cárdenas se puso de pie de un salto, intentando aproximarse a Paula, pero ella se alejó.

—No me hizo nada. Sólo algunos raspones. Puedo parecer menuda, pero no soy nada frágil. Los que hacemos montañismo dependemos de nuestra fuerza... Y desarmar a una muchachita de ciudad como ella, no fue gran cosa para mí.

—¿Estás segura que no te lastimó?

—Unos rasguños, que sirvieron para manchar de sangre mi camisa. Por cierto, voy a enviarle la cuenta de la lavandería.

—¡Es el colmo que te haya buscado para herirte!

—¡Lo mismo opino yo! —respondió Paula con sarcasmo.

—Pero no entiendo por qué se la agarró contigo.

—Al parecer lo estuvo siguiendo, y pensó que yo vivía con usted. Y no puedo culparla, porque últimamente paso más tiempo aquí que en mi propia casa.

Aquel galán fijó en ella su mirada azul.

—Podrías mudarte conmigo, y así evitar problemas.

Paula miró a Cárdenas, sorprendida. Parecía hablar en serio. Pero con él nunca se podía estar segura, así que simuló no haberlo escuchado. Además, ¿qué se podía responder a una frase semejante?

—Como sea, pasé las siguientes dos horas consolando a la niña, y tratando de convencerla de lo obvio.

—¿Qué es “lo obvio”?

—Que usted es un idiota mentiroso como la mayoría de los hombres, y que no vale la pena acabar en la cárcel por alguien así.

—¿De verdad no te lastimó?

—Sólo un poco.

En un movimiento rápido, Cárdenas apartó la camisa de la muchacha para observar el daño, y con suavidad acarició su piel. Y bastó aquel breve contacto para hacerla estremecer. Por un instante sus miradas coincidieron, pero de inmediato Paula tomó distancia.

Era demasiado para ella.

—No fue nada. Pero espero que no vuelva a repetirse. A su próxima amante exíjale un certificado de salud mental, por favor. O, de lo contrario, reciba a sus “visitas” cuando yo no esté.

—O quizás tenga que olvidarme de tener amantes, y comenzar a buscar a una mujer.

Otra vez se miraron. Pero fue apenas un segundo, porque de inmediato Paula se dio media vuelta, rumbo a la cocina.

—Espera, Berta... ¿No vamos a desayunar juntos?

—Tengo millones de cosas que hacer, y descubrí que sentarme me insume demasiado tiempo.

—Hoy no va a venir nadie. El programa se emitió anoche, y la revista ya está en la calle —dijo él, que había ido tras ella, para tomarla del brazo, e intentar retenerla.

Pero la muchacha se soltó.

—Por eso mismo... Los viernes me toca limpiar.

—¡Siéntate! —ordenó Ezequiel con enojo, incapaz de aceptar su rechazo. Pero de inmediato suavizó su tono— Por favor.

La joven lo obedeció, no muy convencida, pero sólo para explicarle.

—Me gustaría terminar con todo cuanto antes, para poder regresar a mi casa a un horario decente.

—O podrías no regresar en absoluto.

—¿Cómo?

—Estuve pensando mucho en la charla que tuvimos el otro día.

—¿Sobre los informe para la redacción?

—Acerca de meterse en tu braga.

Por toda respuesta Paula le devolvió una mirada furibunda. Otro cualquiera se hubiera intimidado. Aquella muchacha frágil por fuera, tenía un carácter y una energía

interior capaz de doblegar a una loca con un cuchillo, o de poner a un desubicado como él rápidamente en su sitio. Pero Cárdenas no parecía asustarse con facilidad.

—Lo estuve pensando bien, y quizás no eres tan necia como yo creía. Por el contrario, me parece que tu estrategia de negociar sexo por matrimonio es, sin duda alguna, la más astuta.

Tontamente Paula pensó que nada de lo que su jefe pudiera decirle en el futuro podría llegar a sobrepasar aquella estupidez. Pero, como siempre, Cárdenas se superó:

—Porque, después de todo, ustedes las mujeres tienen fecha de expiración.

—¿Fecha de expiración? —preguntó ella, midiendo la distancia que la separaba de aquel cuchillo, cuya utilidad comenzaba a descubrir.

—Sí... Seamos sinceros, la vida útil de una mujer es limitada... Cuando dejan de ser lindas y jóvenes, pasan automáticamente a convertirse en brujas. Fíjate en nosotros dos, por ejemplo.

—¿Nosotros dos? ¿Usted y yo?

—Sí... Dentro de diez años tú vas a estar aproximándote peligrosamente a los cuarenta, mientras que yo apenas voy a tener cuarenta y uno. Estaré recién al principio de mi vida activa, mientras que tú estarás en el ocaso de tu ciclo reproductivo, y en los albores de tu decadencia física.

Ya a esa altura del discurso la muchacha no sabía si permanecer sería, o ceder al impulso que tenía de reír a carcajadas. ¿De qué triste gallinero había salido aquel ejemplar? Pero considerando que se trataba del hombre que firmaba sus cheques a fin de mes, Paula decidió hacer un esfuerzo, y prestarle renovada atención, mientras el otro la seguía embarrando.

—Así que considero bastante astuto de tu parte aprovechar estos años de esplendor para asegurar tu futuro con un matrimonio ventajoso... Y además está el tema de los hijos. La verdad es que no se puede tener un hijo con cualquiera... Por eso me hice la vasectomía.

Paula agachó la cabeza. Si era cierto lo que había comentado Cárdenas acerca de que ella siempre fruncía la nariz cuando echaba putas en su interior, ya para esa altura de aquel estúpido discurso, la debía tener completamente arrugada. Generalmente aborrecía las malas palabras, pero a veces tenía que aceptar que eran la única opción posible. Porque, ¿qué más se podía decir de semejante ejemplar? La verdad era que se estaba comportando como un reverendo pelotudo.

—¿No dices nada, Berta?

—¿Qué quiere que le diga? Al parecer usted ya lo tiene todo muy claro.

—Vamos, habla —le ordenó él.

Paula lo observó, sonriente, pero sin poder emitir palabra. En el fondo le daba lástima.

Pero aquel macho en celo no era tan estúpido como para no poder leer el deprecio que encerraba su silencio, así que de inmediato se puso en guardia.

—Te pago para que opines, Berta. ¡Hazlo ya!

Parecía enojado de verdad, así que su empleada cedió.

—Señor Cárdenas... Usted sabe que provengo de la provincia de Mendoza. Aparte de despertarnos cada mañana observando la belleza de la cordillera de los Andes, somos famosos en todo el mundo por nuestros vinos. Sólo los chilenos y los franceses pueden competir con nuestras cepas. Cada mendocino oculta en el fondo de su corazoncito a un bodeguero en potencia. Así como ustedes hablan de fútbol, nosotros lo hacemos de cosechas. Y aún los que, como yo, no tomamos alcohol en nuestra vida diaria, somos capaces de distinguir el aroma, el sabor y la textura de un tinto noble, o la audacia de un blanco arrogante. Llevamos el vino en la sangre, y jamás compramos el nuestro en un supermercado.

—Ya sé por que dices esto. Vas a venir con esa historia de que las mujeres, como el buen vino, son mejores cuanto más añejas.

—No... Las mujeres no son como el vino. Todos, señor Cárdenas, tenemos fecha de vencimiento. Lo que ocurre es que la nuestra está más a la vista. La de los hombres, en

cambio, sólo se lee cuando ya es demasiado tarde, y no hay más remedio que desecharlos. No... Las mujeres no somos como el vino, sino como las uvas. Un buen bodeguero se enamora de sus uvas. Es generoso, y sabe tratarlas con cuidado, porque son muy delicadas. Aprovecha de ellas la mejor parte, pero jamás desperdicia el resto. El vino es sólo el resultado de esa unión casi mística entre las uvas y el bodeguero. Un buen matrimonio es como un vino joven. Hay que saber atesorarlo, y sentarse a esperar para que crezca en sabor. El proceso es arduo, pero placentero. Y al final, sólo al final, se obtiene la recompensa.

Cárdenas calló, pensativo.

Y recién después de un largo y tenso silencio, comenzó a hablar.

—Voy a hacerte una proposición, Berta.

Paula tenía la extraña capacidad de pensar a gran velocidad, así que bastaron aquellas palabras para que su cabeza estallara en un sinfín de posibles conclusiones a una frase tan ambigua. Tantas, que simplemente no pudo recordar ninguna. Pero aún así, consideró que era más peligroso permanecer en silencio, por lo que se apuró a contestar.

—Si me va a ofrecer que me quede en la habitación de servicio de lunes a viernes, prefiero...

—No.

De nuevo aquel silencio, y la mirada de él, penetrándola.

—¿Sabes cuál es el problema contigo, Berta?

—¿Que no me dejo engañar con facilidad?

—Para ti no existe más que el blanco y el negro. Se es honesto o corrupto. Bueno, o excesivamente malo. Sincero o mentiroso... Y la vida es mucho más compleja que eso. Hay todo una gama de matices.

—Y aprovechando esos matices, usted hace su ganancia.

—¿Por qué no?

—Prefiero la luz del sol, a las sombras.

Otra vez aquella mirada.

—¿Alguna vez te quedas sin respuestas, Berta?

Paula enrojeció. Junto a ese hombre cada vez le resultaba más difícil hallar las correctas. Porque cada vez que estaban juntos, no había puntos medios. O lo odiaba al extremo, o...

—Escucha, mujer necia, porque voy a hacerte una proposición. Lo he estado pensando, y creo que funcionamos muy bien juntos. Me agrada estar contigo, y eres, a no dudarlo, muy hermosa.

Paula lo escuchaba con la vista clavada en el piso, mientras él se paseaba por el cuarto, como cuando le explicaba el cariz que quería darle a cierto reportaje.

—Pero por desgracia para ti, Berta, soy un firme opositor al matrimonio como institución. Honestamente

creo que es imposible que dos se toleren por mucho tiempo... Y si tú opinas lo contrario, es sólo porque tu marido tuvo el buen gusto de morirse joven. Las estadísticas me apoyan, y aún las parejas que sobreviven, lo hacen más por desidia de sus integrantes, que por verdadera vocación... Claro que si el matrimonio es malo, el divorcio es aún peor. Los únicos que se benefician son los abogados, que se nutren de dinero y odio... En realidad, creo que ese es el problema. Más que el matrimonio, aborrezco la posibilidad de un divorcio contencioso... Pero puedo entender que una mujer necesite garantías. Algo que la compense por la pérdida de sus mejores años.

Aquello ya estaba llegando demasiado lejos, así que Paula lo interrumpió.

—No comprendo el motivo de toda esta charla, y en qué puede relacionarse conmigo.

—¡Vamos, Berta! Mentiría si te dijera que no estuve pensando cómo meterme en tu braga.

El sexo de la muchacha reclamó, pero Paula no le hizo caso, obstinada como estaba en el silencio.

—Pero, por desgracia, tus condiciones, si bien me parecen justas, son inalcanzables para mí. Así que pensé en algo intermedio. Un contrato, ya que pareces tan interesada como yo en los papeles, pero que, a diferencia del matrimonial, estipule el pago de una cifra determinada de dinero para ti, en caso de que uno de los dos se aburriera de nuestra unión.

—¿Una cifra determinada de dinero?

—Digamos... quinientos mil dólares. Ningún abogado del mundo me sacaría más, si nos divorciáramos.

—¿Quinientos mil dólares?... A Demi Moore le ofrecieron un millón.

—Eso era sólo por un fin de semana. Aquí podrías obtener bastante más con la convivencia. Además, acostarse conmigo es seguramente mucho más agradable que hacerlo con ese viejo.

—Pero Robert Redford parecía bastante simpático, mientras que usted es francamente insufrible.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Y qué pretende, si me viene con todas esas estupideces? ¿Que le agradezca, y me acueste en su cama?

—Quinientos mil dólares es mucho dinero. Al menos tendrías que sentirte halagada.

—Le diría que yo valgo más, pero lo estaría engañando, Cárdenas. No quiero estafarlo: soy una pésima amante.

—Si lo fueras, no lo confesarías.

—Piénselo... Mi experiencia es muy limitada. Y además está todo eso de la religión. Dudo que sus gustos estén incluidos en mi catecismo. Así que, si de verdad quiere hacer buen negocio conmigo, a lo sumo podría ofrecerme cien mil. Es cierto que si yo acepto, puede ahorrarse el

suelo de una criada, pero, definitivamente, debería gastar en una amante. Así que, si lo piensa dos veces, creo que le conviene dejar las cosas como están. De lo contrario, el necio terminaría siendo usted.

—¿Por qué insistes en no tomarme en serio?

—Porque no me habla con seriedad. Desde ayer que lo único que le interesa es jugar. Y yo, francamente, estoy muy ocupada como para hacerlo.

La muchacha no le dio tiempo a contestar, dirigiéndose de inmediato a la cocina.

¡Y pensar que el día anterior le había parecido difícil!

* * *

—¡Claro que no fue en serio! El tipo es un mentiroso profesional, y le encanta jugar con la verdad.

—¿Qué crees que hubiera ocurrido de haberle respondido que sí?

—Todavía se estaría burlando. Pero no... Lo hizo simplemente para humillarme, como cuando dejaba charquitos por toda la casa. Es su forma de hacerme saber lo poco que valgo para él.

—¿Pero para qué decirte que le gustas?

—No dijo que le gusto... Dijo que quería meterse en mi braga, que es otra cosa.

—¿Cómo que otra cosa?! —preguntó López, saliendo de la nada.

—¿Qué hace él aquí?!

—No calculé que llegarías tan temprano —se justificó Greta.

Pero López continuó sin preocuparse, sentándose entre ellas, como uno más.

—Si el fulano quiere meterse en tu braga, definitivamente es porque le gustas.

—¡No! Porque le gusta meterse en las bragas de quien sea —replicó la muchacha.

Pero Greta la sorprendió.

—¿Por qué entonces no le das mi número de teléfono? —dijo convencida, y sin una pizca de ironía.

Paula la observó sin ocultar su sorpresa, pero más aún se sobresaltó al escuchar a López.

—¡Eso! ¡Dale su número! —suplicó aquel galán.

Ambas amigas se miraron, sin entender.

—Ustedes son unas bobas. Cárdenas puede ser la solución para los tres. A ti, Paula, podría hacerte el hijo que quieres, sin que tuvieras que preocuparte por el resto de tu vida en conseguir el dinero para mantener al crío. A ti, Greta, te haría vivir como una reina. Si a ella le ha ofrecido medio millón, tú vales al menos uno.

—¿Y tú que ganarías? —preguntó Paula.

—Salir en la televisión. ¡Yo soy más lindo que Guido Méndez!

—Pues más les vale olvidar todo el asunto. Lamento defraudarlos, pero mi jefe no llegó hasta donde está, por andar regalando dinero. Estaba burlándose cuando me ofreció el medio millón... Y ahora mejor me voy a dormir, porque estoy muerta.

En efecto, Paula no tardó en desaparecer.

Y bastó que quedaran solos, para que López tomara el bolso que ella había olvidado sobre la mesa, y se lo entregara a su novia.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Greta.

—Busca, y no pierdas el tiempo —le ordenó él con fiereza.

La joven lo obedeció, y enseguida sacó el celular de su amiga.

—¡Aquí está!... ¿Tienes para anotar?...Cárdenas... 15—
6—15...

* * *

Aquel golpeteo rítmico parecía adueñarse de su cerebro. Una y otra vez. Una y otra vez.

Mentiría si te dijera que no estuve pensando como meterme en tu braga, Berta.

Una y otra vez.

Paula se sentó en la cama cubierta de sudor. Del otro lado de la pared el golpeteo comenzaba a acelerarse, hasta acabar en miles de pequeños aullidos de placer.

Por lo visto, López había decidido quedarse hasta la mañana.

Luego de unos minutos de relativa calma, otra vez aquel rechinar.

¡Mala noche para ser testigo involuntaria de tanta pasión!

Quisiera admitirlo o no, las palabras de su jefe habían provocado en Paula bastante más que simple enojo o estupor. No podía sacarse de la cabeza... ¡No! No podía sacarse de la piel aquella sensación que había recorrido su cuerpo al escucharlo.

Mentiría si te dijera que no estuve pensando como meterme en tu braga, Berta.

¿Por qué aquel hombre detestable lograba conmovierla así?

Por cierto, era un magnífico ejemplar. Aunque no más que Guido o Juan Pablo. Pero a diferencia de lo que le ocurría con ellos, de él la atraía mucho más que su exterior. Cárdenas era demasiado de todo: demasiado lindo,

demasiado mentiroso, demasiado inteligente, demasiado seductor, demasiado fuerte, demasiado insoportable, demasiado tenaz.

Y era aquella tenacidad lo que más la asustaba.

En Mendoza, y desde que era pequeña, ni bien llegaba la primavera tomaba su bicicleta, y junto con sus amigos se dirigía a lo alto de la montaña. Era una excursión de todo el día, y la mejor oportunidad para sentir otra vez el sol en la piel. Cada año el recorrido era el mismo, así como el encanto de la charla y los juegos. Y en todas esas ocasiones se detenían sólo cuando el sol calentaba de lleno sobre sus cabezas, para merendar y refrescarse. Lo hacían siempre en el mismo sitio, a orillas de un riacho cantarín que descendía de la montaña. Bru había sido el primero en hallar en aquel paraje una piedra que, por distinta, había cautivado a todos. Era grande, de un blanco níveo, inusual para aquella geografía, y tan plana como una mesa. Casi podía verlo sentado sobre ella, sin camisa. Su hermosa piel oscura iluminada por el reflejo del sol, mientras presumía por su descubrimiento. ¡Cómo se habían burlado de él cuando aquella corriente mínima, que corría salpicando la piedra, casi imperceptible pero continua, lo había mojado!

Y luego ella se había acercado para ayudarlo a secarse.

¿Cuántos años tenían?...

Dieciséis...

Esa fue la primera vez que acarició el pecho de un hombre.

Por un mágico segundo Paula volvió a sentir aquel dulce estremecimiento.

Luego de aquel viaje, cada año vigilaban la piedra mojada por aquellas gotas insignificantes, midiendo la profundidad de la huella que el agua dejaba en su superficie. Hasta que el último, unos meses antes de la muerte de Bru, descubrieron que la piedra se había partido en dos. Lentamente aquella gota la había horadado, sin prisa, pero sin pausa. Y riendo, jugando, festejando la tenacidad del agua, Bru había sugerido enterrar los restos de su víctima... Enterrar una piedra.

Esta vez fue un frío tétrico lo que recorrió el cuerpo de la muchacha.

Del cuarto de Greta surgieron más gritos, acompañados de uno que otro ruidoso suspiro, y por fin se hizo el silencio.

Sí, claro que extrañaba el sexo. Y mucho. La boca de Bru recorriéndola, la fuerza de él buscando su debilidad, su piel oscura metiéndose en la blancura de su sexo, sus ojos azules...

Paula sacudió su cabeza con enojo.

¡No! Los ojos de su marido eran oscuros. Muy negros. Y uno podía hundirse hasta el fondo de ellos, porque tenía la mirada de un hombre sincero.

Eran los ojos de su jefe los que eran azules. Y tan brillantes, que era imposible mirarlos fijamente sin correr el riesgo de quedar cegada.

¿Por qué se estaba confundiendo tanto con Cárdenas?

Él, como aquella gota sobre la piedra, actuaba sin prisa, pero sin pausa. Y nunca se podía predecir la magnitud del daño capaz de ocasionar su presencia. Como la corriente, era fresco e invitante, pero dañino y mentiroso.

Y, en su interior, Paula sabía que no faltaba demasiado para que su tenacidad acabara partiéndola al medio.

De todos los hombres del mundo...

Sí. Su jefe era un mentiroso.

Un hombre capaz de sentarse frente al presidente de la nación, y soportar con paciencia su actitud condescendiente, mientras simulaba ser engañado.

Él podía esperar... Claro que podía.

Y ella ya estaba a punto de enloquecer.

* * *

—¡Paula!... ¡Qué sorpresa!... No esperaba que vinieras en domingo.

—Anoche no pude dormir... Me la pasé todo el tiempo pensando en tu proposición.

—¿Y?

—Sí.

—¡¿Cómo?!

—Que si... Que voy a aceptarla.

—¿Estás segura?... Mira que esto podría cambiar nuestro futuro.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Yo no las tengo...

—Yo sí. Y muchas.

—Eso es lo que me asusta. Temo defraudarte, y no quisiera que salieras lastimado.

—Yo... yo te amo, Paula. Pero puedo contenerme.

—Sí... Por desgracia ya sé que eres muy capaz de callar tus sentimientos —le reprochó la joven—. No es por mí que estoy preocupada, sino por ti.

Él intentó acariciarla, pero ella, instintivamente, se alejó.

—Disculpa, Juan Pablo. No quise rechazarte. Fue involuntario.

—Estoy acostumbrado, Paula.

La joven no pudo evitar un gesto de tristeza. Él lo notó de inmediato, y se esforzó por lucir relajado para complacerla.

—Pero, ¡mira que desastre que soy como anfitrión! Todavía no te he hecho pasar...

Paula ingresó en el pequeño hogar de su amigo. El departamento era como él: sólido, pero un tanto anticuado. De líneas simples, aunque decorado con muebles de gran calidad. Un poco impráctico, pero de buen gusto, y carente de pretensiones. Era la casa de un pobre periodista, arreglada para dar cabida a un orgulloso empresario.

—¿Te gusta? —preguntó ilusionado.

—Estos no son tus muebles.

—No. Son nuevos.

La muchacha enfrentó otra vez su mirada expectante.

—¿Estás seguro que no te va a hacer mal que estemos tanto tiempo juntos? —le preguntó, preocupada.

“Peor me hace saber que estás con Cárdenas”, pensó Juan Pablo. Pero no se lo dijo. Por el contrario, se limitó a responderle, sonriente:

—Te prometí que iba a seguir con mi vida, y es lo que pienso hacer. Nuestro pequeño proyecto no va a influir para nada. Además, lo teníamos planeado desde hace mucho tiempo. Siempre dijimos que íbamos a venir a la Capital para hacerlo. Y ahora ya estamos aquí.

—Sí. Pero también estaba planeado que mientras tanto Bru trabajara como corresponsal para la provincia, y ya ves... Las cosas cambian.

—Es nuestro sueño, y nos merecemos poder cumplirlo...
¿Ya se lo dijiste a Cárdenas?

—Lo resolví anoche. No hubo tiempo.

—¿Y si no acepta?

—Entonces renuncio... Igual no creo que dure mucho más con él.

Juan Pablo clavó en ella su mirada cristalina.

—¿Por qué?... ¿Ha hecho algo que te hiciera molestar? —preguntó tratando de sonar distendido, pero con obvia preocupación.

—No... Ya te dije. El problema no es él.

—¿Tanto te gusta?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita? Me confunde... Y no tengo ganas de que alguna vez me atrape en un mal día.

La joven comenzó a recorrer la sala, deteniéndose en las pequeñas piezas de plata, que su amigo atesoraba desde su último viaje a Perú.

—¿Cuándo te diste cuenta, Juan Pablo? —le preguntó casi como por descuido.

—¿De qué?

—De... de eso. De lo que dices sentir por mí.

—¿Cuándo te diste cuenta tú que estabas enamorada de tu marido?

—Es distinto.

—¿Por qué?

—Porque con él no fue cuestión de saber, sino de descubrir y aprender. Éramos dos niños. Nuestros sentimientos no tenían nombre. Sólo estaban ahí, y eran imparables.

—¿Y si aquella noche en la fiesta del colegio hubiera sido yo el del beso?

—No sé. Quizás ahora estaríamos casados y felices... Pero, la verdad, es que siempre sentí algo muy distinto por Bru. Desde el primer día que lo vi, fue como...

Por un segundo Paula volvió a estremecerse como la primera vez que la mirada azul de Cárdenas la había recorrido con deseo...

¿Qué le estaba pasando?

—Nunca entendí por qué lo preferiste.

La muchacha tardó en volver a la realidad, y reaccionar.

—Bru era perfecto.

—¡Eso es mentira! Siempre te quejabas por su carácter. Era desordenado, pretencioso, y bastante egoísta.

La muchacha miró a Juan Pablo sorprendida.

—¿Por qué hablas de él con tanto desprecio? ¡Era tu amigo!

Aquel hombre enamorado bajó la cabeza, sin ocultar su vergüenza.

—¿Desde cuándo me amas, Juampi?

—Desde siempre... Y sólo fui amigo de Bru para poder estar contigo. Esa fue la única razón por la que le conseguí el trabajo en el diario. También como periodista dejaba mucho que desear. Y tú lo sabías mejor que nadie. Por eso te empeñabas en corregir todas sus notas.

—¿Quién eres, Juan Pablo? No te conozco.

—¿Sabes quién soy? Aquel al que recurrías cuando él no te alcanzaba. El que te ayudaba a tapar sus fallas. El que te escuchaba cuando tu marido se dormía...

—Debió ser una tortura para ti.

—No. Porque te amo.

—¿Por qué?

—¿“Por qué”, qué?

—¿Por qué me amas? Vamos, me conoces más que cualquiera. ¡Soy una bruja! Mandona, impaciente... Mis últimas citas se fueron de la mesa insultándome.

Juan Pablo sonrió.

—Cuando se quiere de verdad, se disculpa todo.

—¡Eso te va a ti, que has jugado tantos años de víctima! Pero yo, en cambio, he sido muy feliz al lado de Bru. Quizás porque tenía el valor de quejarme, quizás porque sabía reclamar. No sé... Pero de lo que me doy cuenta es que un amor que te hace sufrir, no sirve.

—Se ama como se puede.

Paula se estremeció. Y en su cabeza, rítmica y continua, volvió a resonar la voz grave y melodiosa de su jefe:

Mentiría si te dijera que no estuve pensando como meterme en tu braga, Berta.

* * *

Su madre no había criado una boludita como para que aquellos dos intentaran engañarla. No. No ocupaba el puesto que tenía sólo por haberse acostado con Ezequiel. Olivia era muy capaz de darse cuenta cuando algo pasaba delante de sus narices. Y allí, ese fin de semana, había ocurrido de todo. El clima tenso entre esos dos podía cortarse con cuchillo. Y, en lo que iba de la tarde, tanto el uno como el otro, se habían cuidado mucho de cruzar miradas.

¡Sí que había resultado peligrosa esa niña! Por primera vez, y a pesar de que generalmente quería matarlo, Olivia Vieytes se puso del lado de su jefe, y comenzó a preocuparse por Ezequiel.

¡El pobrecito daba lástima!

¿Qué habría ocurrido? Porque ella no compraba el discurso de castidad de la muchacha. Y sabía muy bien que si se había tomado la molestia de proclamar a los cuatro vientos que no pensaba irse a la cama con ninguno, era sólo para poder aumentar el interés de todos en lograrlo.

Aunque... No. Definitivamente aquellos dos no habían tenido sexo.

¿Pero que otra cosa podía inquietar así a un hombre y a una mujer?

Por un segundo miró con descaro a su rival. ¡Sí que Paulita sabía menear el culo!

¿A quién quería engañar jugándola de santa?!

Esta vez Oliva perdió su mirada en Cárdenas, que estaba observando de soslayo a Paula, que contemplaba entristecida la tarde, a través de la ventana.

¿A quién quería engañar con esa carita?...

La respuesta era obvia: a Cárdenas.

Y el pobrecito estaba entrando como un caballo.

* * *

Paula observaba atentamente el humear de la cafetera.

Aquel lunes había sido un día extraño.

Durante todo el viaje al trabajo se había preparado mentalmente para enfrentarse con Cárdenas. Para anunciarle lo que había decidido hacer con su vida. Tenía que ser muy cuidadosa en la elección de las palabras, porque de ninguna manera quería que sonara a un pedido de permiso. Y tampoco quería darle lugar a que opinara al respecto. Así que había ensayado varias veces su breve discurso, para que sonara conciso y contundente.

Pero al llegar allí, unos minutos antes de las ocho, se había sorprendido al encontrar la casa desierta. Cárdenas no estaba. Nada de desayuno compartido, o asignación de tareas. Nada de nada. Sólo silencio... Como al principio, cuando disfrutaba de la soledad. Pero aquella extraña mañana Paula no había podido disfrutar nada de nada.

¿Estaría haciendo lo correcto?

A las tres de la tarde por fin había llegado su jefe, junto a los demás. Y no se veía divertido o juguetón como en las últimas semanas. Por el contrario, su trato había vuelto a ser distante y serio. Y, por alguna estúpida razón, eso a Paula le estaba doliendo demasiado.

El café ya estaba listo, así que se apuró a servirlo en las tazas, según el gusto de cada uno: negro para Cárdenas, con cuatro cucharadas de azúcar para Guido, cortado con leche para Bruno, y con endulzante para Olivia, (aunque a ella más tenía ganas de servirle veneno)

Paula ajustó su rodete, se acomodó la camisa, tomó la bandeja, y se dirigió hacia la sala.

Por mucho que le costara, estaba firmemente decidida a encarar a su jefe, ni bien se terminara aquella reunión.

—¿Dónde se fueron todos?

—¿Dónde crees? —respondió Cárdenas con enojo.

—Lástima... Ya hice el café.

—Déjalo por ahí, y siéntate.

Paula comenzó a temblar. ¿Cómo era ese discurso conciso y contundente? Ya no podía recordar ni una sola de sus palabras.

Apoyó la bandeja con cuidado de no tirarla, se sentó frente a su jefe, y se obligó a mirarlo a los ojos, simulando calma.

Él, en cambio, no se molestó en ocultar su furia.

—¿Tienes algo para decirme, Berta?

La joven se puso colorada.

Ezequiel se revolvió impaciente en su silla, y miró su reloj.

—Apúrate, porque estoy esperando visitas.

“¿Visitas?... Alguna con una braga más fácil de sacar que la mía.”, pensó Paula.

—¿Vas a hablar, o quieres que lo haga yo? —la amenazó él, de mal modo.

Y bastó oírlo, para que las palabras se atropellaran en la boca de la muchacha.

—Este fin de semana he recibido una propuesta interesante, y he decidido aceptarla.

—¿Otra proposición?

—Una en serio —respondió ella, con cierto enojo.

¿Pensaría su jefe insistir con las tonterías del viernes?

—¿Y qué proposición es esa?

—Iniciar la carrera de diplomacia. Mañana mismo voy a inscribirme, y en el mes de octubre tendré que rendir los exámenes de admisión.

—¡Diplomacia! —se enfureció su jefe— ¡Insistes con eso!... ¿Y de quién fue la brillante idea? Déjame adivinar: ¡de Clark Kent!, que, curiosamente, de seguro también estudiará contigo, comprará todos los libros, y hasta te hará de chofer.

—No le estoy pidiendo permiso, Cárdenas.

—¡Mejor! Porque no te lo daría. Hasta un idiota se da cuenta de que llevas el periodismo en la sangre. Y si ese Superman del subdesarrollo no estuviera tan interesado en alejarte de...

Cárdenas se detuvo abruptamente, y la miró de aquella forma que la ponía a temblar. Pero, con gran esfuerzo, una vez más Paula logró sobreponerse.

—Como le dije, los exámenes van a ser recién en octubre. Pero ser admitido no es tarea fácil. Suele haber no más de treinta vacantes, para cientos de inscriptos, así que...

—¿Así que...?

—Tendré que esforzarme mucho.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí, si te importa tres carajos lo que yo pienso?

—Usted sabe perfectamente que lo que he decidido, tarde o temprano, va a terminar afectando nuestra relación... laboral.

—¿Afectar? ¡No!... ¡Va a mandar a la mismísima mierda a toda nuestra relación!

—... laboral.

—Laboral, o como sea... Lo cierto es que cuando entres a la Cancillería...

—Si logro entrar...

Cárdenas la observó, sin molestarse en ocultar su resentimiento.

—Egresaste con un promedio impresionante, tienes el Proficiency aprobado, el nivel más alto de la Dante Alighieri, y...

Paula lo miró sorprendida, pero él se justificó de inmediato.

—¿Qué? Está en tu currículum, ¿no?... Como sea, cuando comiences a estudiar en la Cancillería, nuestra “relación”... laboral, o como mierda quieras llamarla, se va a acabar de inmediato. Es un requisito de la carrera la dedicación exclusiva. Pero, ¿para qué te lo cuento, si tú ya lo sabes? —agregó con amargura.

Paula intentó responderle, pero fue inútil. Un nudo ataba su garganta, y la proximidad de él tampoco era de mucha ayuda.

Cárdenas agachó la cabeza, apesadumbrado, pero de inmediato la levantó, buscando su mirada con renovado impulso.

—¿Qué puedo hacer para complacerte, Paula?

Un escalofrío corrió por el cuerpo de la muchacha, así que se apuró a hablar. A decir cualquier cosa, con tal de evitar la mirada de él.

—Yo... Al menos hasta octubre voy a necesitar que se respete mi horario... Realmente no quisiera perjudicarlo...

—¿No?

—Así que lo entendería si prefiere buscar cuanto antes a alguien que me reemplace.

—¿Crees que puedo reemplazarte con tanta facilidad? Entonces no has entendido nada, Berta.

Por un segundo la muchacha se sintió desnuda frente a la intensidad de la mirada clara de él. Pero un fuerte timbrazo, impiadoso, la volvió a la realidad.

De inmediato se soltó de su influjo con disgusto, y le respondió.

—Sí... Creo que no le va a costar mucho reemplazarme... Y mejor me voy... No vale la pena que me enfrente con su próxima víctima, porque, a diferencia de lo que ocurre con los perros, a mí no me gusta que me lastimen.

* * *

—Permiso, chica.

Aquella mujer, a quien difícilmente podía calificarse como una dama, empujó a Paula con la fiereza propia de quien huye de un incendio.

Todavía no se acostumbraba al transporte público. En Mendoza se valía de su bicicleta, y aquí en la Capital prefería caminar. No había distancia larga para ella, en tanto el sol calentara el camino. Pero aquella mañana, apurada por el tiempo, había optado por el bus. Ya faltaba poco para las diez, y no quería llegar tarde.

No podía darse el lujo de enojar aún más a su jefe.

La niña de adelante estaba empechinada en jugar a la rayuela sobre sus pies, mientras que el tipo de atrás

empujaba de forma sospechosa. Y a esas alturas, Paula ya no sabía si proteger con más empeño su bolso, o su honor.

Se sentía muy desgraciada.

Quizás aquello de la diplomacia, como decía Cárdenas, no era más que un sueño estúpido. Claro que reunía todas las condiciones para lograrlo. Pero también los otros que habían ido esa mañana para inscribirse. La mayoría ostentaba promedios sobresalientes, muchos provenían de carreras aún más largas que la suya, y todos dominaban a la perfección varios idiomas..., ¡incluido el portugués! Sí, porque, saberlo, era un requisito obligatorio en la Cancillería. Resultaba entendible, ya que la Argentina formaba parte del Mercosur, una unión de países de la región que incluía, para horror de Paula, al Brasil. Y no era que ella tuviera nada contra los vecinos, sino que su idioma siempre le había resultado esquivo. Desde niña le había sido casi imposible comunicarse con los muchos turistas cariocas que llegaban a Mendoza, en busca de los placeres de la nieve. Pero por algún motivo tenía una negación especial para el portugués. Y ahora, en apenas unos meses, iba a tener que vencerla. ¡Un horror!

Y no era lo único que la asustaba.

¿Podría retomar la rutina del estudio? Hacía mucho tiempo que se había recibido.

Pero, lo que era peor: ¿podría acostumbrarse a esa nueva vida?... Ya no más desayunos compartidos con Cárdenas, o

cenos robadas al trabajo. Ya no más aquella deliciosa intimidad entre los dos...

Se bajó del bus, y comenzó a caminar por la Avenida del Libertador. El corazón le latía con fuerza. ¿Estaría Cárdenas todavía? De ser así, de seguro había preparado algún discurso para disuadirla de su decisión. A él no le gustaba que la gente pensara por cuenta propia, y solía ser muy terco cuando alguien se oponía a su voluntad.

Pero así y todo, a pesar que de seguro la aguardaba un reto, el corazón de Paula latía, no tanto por el mal momento que auguraba, sino por aquella presencia que en el futuro le iba a escasear.

Sí... Iba a extrañar esa deliciosa intimidad con su jefe.

Abrió uno a uno los cerrojos de la puerta de la cocina, entró, y se apuró a encender los monitores.

¡Nadie! Otra vez estaba sola... Mejor, así se iba acostumbrando.

Dejó sus cosas en el cuarto de servicio, y se dirigió directo al fregadero para lavar la, (o posiblemente, "las"), tazas del desayuno. Pero, para su sorpresa, estaba limpio. No había nada en él.

Buscó el monitor que mostraba el cuarto de su jefe. La cama estaba deshecha...

Todavía estaba confundida cuando, en un segundo fatal, desvió la mirada hacia la mesa que tenía enfrente, y lo vio.

Allí estaba. Aquello que menos esperaba, y más temía. Su futuro, oculto en un sobre blanco que simplemente decía: “Berta”.

Mientras lo abría, otra vez el corazón de Paula comenzó a latir desbocado. Las manos le temblaban...

La nota era simple:

“El doctor Lavalle te espera antes de las dos de la tarde en la oficina de Legales de la revista. ¡No faltes!”

¿Legales?... Eso no podía significar nada bueno. Al parecer su jefe había decidido hacerle caso, y dar por terminada aquella relación... laboral, sin más demora. Quizás hasta había encontrado reemplazante.

Paula observó la cámara escondida en uno de los anaqueles de la cocina, y la otra sobre la puerta. Se puso de pie de un salto, y se dirigió al balcón, por la salida principal. Era pleno invierno, y el viento de la mañana se hacía difícil de soportar en aquel piso veintidós. Sin embargo, la vista desde allí era espléndida. El río, los bosques de Palermo, el tren, la locura del tránsito... Todo se veía pequeño e insignificante desde esa altura. Como su vida.

Asomada a la baranda, sintió el llanto que comenzaba a surgir, imparable. El frío era tanto, que las lágrimas parecían congelarse en sus mejillas ni bien salían de sus ojos, pero, a pesar de eso, Paula lo prefería así. No quería darle el gusto a Cárdenas de que la viera llorar...

Iba a extrañarlo...

A su trabajo, por supuesto...

No. ¿A quién quería engañar? Iba a extrañar a Cárdenas. Se había acostumbrado demasiado a él. Y pensar en irse de aquel departamento, era como volver a enterrar a Bru. Perder aquella intimidad con un hombre, la sumergía de nuevo en la más oscura soledad. Claro que, a diferencia de lo ocurrido con su marido, con Cárdenas nunca había podido ser del todo ella misma, porque... no se podía confiar en alguien así. Porque el tipo era un mentiroso, y carecía de moral y principios, lo cual había sido una verdadera fortuna para ella, porque de otra forma se hubiera terminado enamorando de él sin remedio. Porque, debía admitirlo, Cárdenas, además, tenía algunas cosas buenas...

Sintió una angustia inexplicable, y más lágrimas acudieron en tropel.

Claro que nunca se podía saber, porque su jefe era un mentiroso, pero a veces, sólo a veces, sentía que se estaban comunicando de una manera distinta. Que entre los dos se establecía un lazo fuerte, que no se podía explicar con palabras. Pero, claro, con Cárdenas nunca se podía saber...

Sí..., había hecho lo correcto al tomar distancia. Porque aquel sentimiento comenzaba a desbocarse en su corazón. Por supuesto que podía controlarlo. Todavía sí. Pero, ¿para qué arriesgarse? No tenía intenciones de acabar como Olivia, o como esas secretarias que permitían que sus jefes

las usaran durante años, humillándolas, ignorándolas, aprovechándose de ellas, sin más excusas que el amor. ¡Por supuesto que no era que ella se hubiera enamorado de Cárdenas! Porque uno no se podía enamorar de un mentiroso. Es decir, poder, se podía, pero alguien con la cabeza bien plantada sobre los hombros como ella, alguien que ya había probado el verdadero amor, no ignoraba que relacionarse con un hombre como su jefe sólo significaba desgracia. Era imposible confiar en alguien así, ¿y cómo se hacía para amar sin entregarse?

No. No era inteligente darle a guardar dinero a un ladrón, ni amar a un mentiroso.

Y Paula se consideraba a si misma una mujer inteligente.

* * *

¡Así que esa era la famosa Paula Inés Ventura!

¡Muy lindo culo! Apretadito, redondito y musculoso. Daba ganas de partírselo sin más trámite. Y esa cinturita, que, de tan estrecha, no sostenía la falda... ¡Ah! ¡Pero de adelante todavía estaba mejor! ¡Qué buenos pechos! Firmes, sin exageraciones... Debían ser naturales... ¡Y la carita! ¡Qué boquita! ¡Qué labios!... ¡Con razón el hijo de puta de Cárdenas estaba tan desesperado!

—¿Doctor Lavalle?

—Adelante, por favor... La estaba esperando.

Paula tomó asiento, y aguardó a que su anfitrión se acomodara. La oficina era imponente, totalmente decorada con madera, y con grandes ventanales que se abrían al río.

El abogado ocupó el inmenso sillón detrás del escritorio de madera oscura, en donde sólo estaba apoyada una carpeta. Todo en aquel lugar parecía tener el único objetivo de intimidar al que estaba de visita. Y aquel tipo no era la excepción. Su traje caro, su porte elegante... Pero, por fortuna, Paula no era fácil de asustar.

—Ante todo, quisiera pedirle disculpas, señorita Ventura... Estoy conciente de que el señor Cárdenas nos encomendó estos papeles una semana atrás, pero...

—¿Hace ya una semana? —se extrañó Paula.

¿Su jefe había pensado en despedirla el martes pasado? Entonces, ¿por qué le había venido el viernes con toda esa estupidez de mudarse a su casa? Y lo que era más raro, si ya lo tenía decidido, ¿por qué no se lo había echado en cara durante la discusión del día anterior?.

—Sí, el martes ocho... Pero usted entenderá que sólo redactar la parte del convenio de confidencialidad nos llevó casi...

—Por supuesto que voy a respetar ese convenio. Ya me había comprometido en el contrato inicial...

—¿Cómo que hay un contrato inicial?... Nadie me informó nada... ¿Acaso usted ya vive en la casa del señor Cárdenas?

—¡No!... Sólo trabajo allí desde las diez hasta las ocho de la noche.

—No entiendo... Creo que lo mejor será que revisemos los términos de este contrato con calma. Anoche estuve haciéndolo con el señor Cárdenas hasta bien entrada la madrugada, pero...

—¿Era usted el que estaba con Cárdenas?

—Desde las ocho, hasta bien entrada la madrugada... ¿Por qué?

—No. Por nada...

—La cuestión es que este es un tipo de contrato para el cual no existen modelos. Yo ya se lo advertí al señor Cárdenas... Pero además me gustaría revisarlo punto por punto con usted. Claro que, para su tranquilidad, tengo que informarle que se ha ordenado la compra de los bonos de la tesorería, y espero que, para la tarde, ya hayan sido depositados en...

—Disculpe... Creo que hay un error... ¿De qué bonos me habla? Lo que tiene que liquidarme es lo que marca la ley...

—Señorita... Le hablo de quinientos mil dólares en Bonos del Tesoro de la Reserva Federal de los Estados Unidos, y que van a quedar depositados en la Escribanía, según los términos de este...

—¡¿Quinientos mil dólares?!

—¿No es lo que habían pactado?

Paula arrebató la prolija carpeta de manos de aquel hombre, que la miraba sorprendido, y comenzó a leer sus páginas con furia, mientras otra vez las lágrimas comenzaban a ahogarla, imparables.

—¿Esto es lo que soy yo para él? —dijo al fin, sacudiendo aquella carpeta que hubiera preferido no ver nunca— Una puta... Más cara que las otras, puede ser, pero una puta al fin. Una puta de lujo, y con título universitario... Y yo que creí... ¡Quinientos mil dólares!... Al parecer, ese es mi precio... ¡Para él es todo lo que valgo!

Por un momento Paula se dejó vencer por la decepción. Se sentía herida. Usada. Como aquellos perros, había sido cuidadosamente seleccionada, alimentada, y entrenada para lo que debía hacer. El cazador la había tratado como uno de su familia, y había confiado en ella su vida. Pero una vez cumplida la tarea, y si por algún motivo dejaba de serle útil, no iba a dudar en abandonarla a su suerte en un costado del camino, junto con el dinero. Sí... Eso era todo lo que Cárdenas veía en ella. Una perra fiel, que podía comprarse barata.

Al llanto, siguió la furia.

—¿Este es el tercer piso, no?

—El cuarto.

—¿Y la oficina de Cárdenas está en...?

—El treinta y dos. El último... ¿Adónde vas? ¿Te llevas el contrato? No lo has firmado.

—Todavía tengo que discutir algunos puntos con mi jefe.

La muchacha salió como una tromba imparable, en busca del elevador. De todas maneras, tampoco fueron muchos los esfuerzos que el doctor Agustín Lavalle hizo por detenerla. Él odiaba a Cárdenas hasta los huesos, pero nunca había encontrado el valor para enfrentarlo. Y si ahora lo iba a hacer aquella niña, quería estar allí, sentado en primera fila, para divertirse.

—Entonces te acompaño —se ofreció.

Por fin su día comenzaba a mejorar.

* * *

—¡Señorita! ¡No puede entrar allí!... Tiene que anunciarse primero —se angustió la dama.

Pero era tanta la furia de Paula, que pasó delante de la secretaria sin oírla.

Abrió la puerta de un golpe.

Sentado detrás de un enorme escritorio, estaba él, Cárdenas, aquel hombre que la había lastimado tanto. Al oír el estruendo, su jefe levantó la cabeza, y la miró con aquellos ojos azules, tan bellos como mentirosos.

No parecía sorprendido. Por el contrario, era como si la hubiera estado esperando.

—Veo que ya leíste mi propuesta —le dijo con calma, señalando la carpeta que Paula todavía llevaba en sus manos.

Luego hizo silencio, y volvió a mirarla de aquella forma que la hacía estremecer. Y bastó chocarse con el resplandor de sus ojos azules, para que una furia ciega estallara en el corazón de Paula. Entonces, todavía sin decir palabra, se acercó lentamente hacia él, y cuando ya su proximidad la quemaba, dejó salir toda su ira en forma de un sonoro sopapo, que cruzó la cara de su jefe sin piedad.

—No te entiendo —fue la única defensa de él.

—No soy una de sus putas, Cárdenas...

—No seas necia, mujer. Si pensara que eres una puta jamás te hubiera ofrecido esto. Lo único que yo quería... —comenzó a decir, mientras intentaba retenerla.

Pero ella se alejó embravecida.

—Sé perfectamente lo que quería. Ya me lo dijo, ¿lo recuerda? Quería meterse en mi braga. Y, ¿sabe qué, Cárdenas? Está de suerte...

Y diciendo esto, Paula levantó apenas su falda, y comenzó a deslizar con furia la tela suave que cubría su intimidad, a través de sus piernas largas y torneadas.

—¡Ahí tiene mi braga! —gritó, arrojándola sobre el escritorio— Métase en ella, si así lo prefiere. ¡Pero a mi no vuelva a molestarme nunca más!

Sin ocultar su odio, Paula trató de salir de allí cuanto antes. Pero, para su sorpresa, al abrir la puerta se chocó con Agustín Lavalle y la secretaria, que la miraban espantados.

—Espero que haya sido un buen espectáculo —dijo con enojo, justo antes de dar un portazo.

Ezequiel Cárdenas volvió a quedarse solo en su oficina. Por unos minutos permaneció inmóvil, sentado detrás de su escritorio. Pero al fin se estiró, tomó la prenda arrojada por su dueña, la observó, y dejó escapar una sonrisa.

Una sonrisa encantadora, por supuesto, como las que sólo él podía hacer.

* * *

Paula volvió a apretar con frenesí el botón del elevador, mientras varios empleados la observaban de soslayo.

—¡Paula!

La mirada de la joven chocó con aquel bello ejemplar que corría hacia ella.

¿Qué querría ahora el muy maldito?!

—Paula...

—Olvídalo... Como ya escuchaste, no pienso firmar nada.

—No, no vengo por eso... Quería pedirte disculpas. Yo... Yo te juzgué mal... Creí que estabas enterada de lo que decía el papel. Ezequiel me dijo que lo sabías...

—Me lo había dicho, sí... Pero, ¿cómo podía tomar en serio una locura semejante?

—Tengo que felicitarte... Has hecho lo correcto. No muchas mujeres hubieran rechazado...

—¿Podemos no hablar de eso, por favor?... Sólo quiero ir a mi casa, y olvidar todo el asunto.

—¿Me permites que te lleve?

Por un segundo la muchacha lo observó.

El tipo parecía buena gente, y ella se sentía sucia, y destrozada.

—Me harías un favor.

—Espera a que le avise a mi secretaria, y vamos.

Paula aprovechó la distracción del joven abogado para contemplarlo. Era alto, musculoso, un poco narigón, pero interesante.

Sí... Quizás existía la vida después de Cárdenas.

* * *

El sólo saber que la niña no llevaba puestas sus bragas lo estaba volviendo loco. Cada vez que su auto se detenía,

debía hacer esfuerzos para no deslizar su mano a través de aquellas piernas torneadas, en busca de alguna gratificación. Pero no. No era así como se jugaba el partido contra ese tipo de mujer. Si quería ganársela, no podía cometer los mismos errores que Ezequiel. No podía atropellar. Por el contrario, tenía que tomarse su tiempo.

¡Sí!... Ya casi sentía la adrenalina del placer, que, a esas alturas, imaginaba doble: por un lado, montarse a semejante yegua; pero por el otro, ganársela a su jefe.

¡Sí!... Robársela a Cárdenas... Y hasta, quizás, le enviara fotos...

—Me siento tan amargado por haber ayudado a Ezequiel a tenderte esa trampa.

Paula lo miró dos veces... Parecía sincero.

—No es tu culpa.

Con tanto movimiento, a la niña se le había desprendido el tercer botón de la camisa, y se le veía claramente el sostén. Agustín sonrió... Con sólo estirar la mano...

—Lo sé... Pero no me alcanza... Quisiera resarcirte de alguna manera por este mal momento.

—¿Tienes un trabajo para ofrecerme?... Acabo de sumarme a la larga lista de profesionales desempleados en este país.

—Por desgracia es Ezequiel el que firma mis cheques, y los de mi personal.

—Entonces no, gracias. Prefiero morirme de hambre... Y de hecho, creo que es lo que va a ocurrir.

—Si necesitas dinero...

“Pagaría lo que fuera por ti”, pensó Agustín. Pero, por supuesto, no dijo nada.

—No, gracias... Ahorre algo en los últimos meses... Hay que reconocer que Cárdenas paga muy buenos sueldos...

—Sí..., a cambio de chuparte la sangre. Es como una especie de vampiro.

—Es muy exigente con el trabajo, lo sé...

—¿Lo estás defendiendo? —se extrañó aquel galán.

Y Paula se sonrojó.

—¿Acaso tú lo desprecias? —preguntó, sólo por desviar el giro de la conversación.

—¡Por supuesto!

—¿Y por qué trabajas para él?

—Como tú dices, paga muy buenos sueldos. Y yo, a pesar de ser soltero, y tener mi propio departamento, gasto mucho. Me encanta vivir bien, y viajo todo lo que puedo.

—Dobla a la derecha luego del semáforo, por favor. Mi casa es la tercera.

—¿Aquí?

—Sí.

Paula se aprestó a bajar. Se moría por llegar a su departamento, ducharse, ponerse ropa limpia..., y echarse en la cama a llorar hasta el día siguiente. Pero justo en el momento en que iba a salir del auto, su acompañante la detuvo.

—Disculpa, Paula... Sé que no es una buena oportunidad, pero... Me gustaría invitarte a cenar... No digo hoy, pero quizás mañana...

—Lo lamento...

—No te confundas... No se trata de una cita, sino de una forma de limpiar mi conciencia. Hay cosas que quisiera explicarte acerca de Ezequiel... Y, además, por lo que veo, a ti te está haciendo falta el apoyo de un buen amigo.

—Sí..., eso es cierto.

—¿Entonces nos vemos mañana?

—Será mejor el jueves.

¡Gool! Un gol de media cancha. Un tanto a su favor, que podía decidir el partido.

Satisfecho, el doctor Lavallo se despidió, y puso en marcha su auto, sin sacar la vista del espejo retrovisor.

¡Qué apretadito ese culo! Ya se la imaginaba agachada, implorándole por más... O de rodillas frente a él,

tragándose todo, hasta su orgullo. ¡Paciencia! No faltaba tanto para lograrlo...

Porque si algo había aprendido Agustín en esta vida, era como se debía tratar a una mujer.

* * *

El beso la sorprendió. Fue largo, húmedo y lujurioso. No lo respondió, pero tampoco puso distancia.

—¿Qué fue eso, Juan Pablo? —preguntó Paula, ni bien su amigo se alejó.

—Nada demasiado bueno, si tienes que preguntar.

—No sé a que vino.

—¡Disculpa!... Fue la emoción. ¡Es que esperé tanto por esta noticia!

—¿Qué te pone tan contento? ¿Qué esté desempleada?

—Que no vuelvas a ver a Cárdenas nunca más.

La muchacha sintió otra vez aquella angustia que había apretado su garganta durante toda la noche.

—No te confundas, Juan Pablo. Eso no me acerca ni un paso a ti. Por el contrario, me aleja...

—No entiendo...

—Lamentablemente, tendré que olvidarme de estudiar diplomacia. Encontrar otro trabajo no va a ser nada fácil, y, además, no tengo dinero como para pagar un curso de portugués. En realidad, no tengo dinero para nada.

—¿Y tus ahorros?

—¿Cuáles?... Traje algo de Mendoza, pero se me fue en los primeros meses. Sobrevivir aquí es caro, ¿o por qué te crees que acepté trabajar como asistente domiciliaria en primer término?

—Ni me lo recuerdes... Pero de seguro aún tienes la renta que cobras por la propiedad de tu madre... Deben pagarte una fortuna por semejante casona.

—Sí. Pero, para mi desgracia, con eso apenas amortizo el crédito que tuve que sacar para hacer frente a su última operación. Todavía me faltan diez cuotas.

—¿Y lo que Bru había heredado de su tía?

—Se lo entregué a Lita cuando él murió.

—¿Por qué hiciste eso?!

—Sabes que quiero mucho a mi suegra... Ella también estaba muy deprimida, y no tenía adonde vivir.

—No me digas que además le envías dinero...

—No tengo que rendirte cuentas.

—Nunca me gustó esa mujer.

—Sí... Ahora entiendo que a ti no te gustaban demasiadas cosas de mi vida...

—Escucha, Paula. Me parece bien. Podemos olvidarnos de la diplomacia si quieres.

—¿Podemos?... ¿Por qué lo harías tú?

Juan Pablo agachó la cabeza, avergonzado, y su amiga se enfureció.

—Entonces Cárdenas tenía razón... Lo propusiste sólo por alejarme de su lado...

—¡¿Eso te dijo?!

—Y por lo visto no se equivocó... Al parecer, sabe juzgar mejor que yo a la gente... ¡Ay, Juan Pablo! ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Acaso no me prometiste seguir adelante con tu vida?

—Sólo quería ayudar...

—¡No! Querías alejarme de Cárdenas.

—¡Te estabas enamorando de ese tipo!

—Yo no... —empezó a decir, convencida. Pero se detuvo.

—Escucha, Paula...

—Escucha tú, Juan Pablo: estás perdiendo tu tiempo conmigo... Cárdenas nunca fue el problema entre nosotros dos. De hecho, mañana voy a ir a comer con otro.

—¿Otro hombre?

—Un abogado de “RLP”...

“ ¡Otro más!”, pensó Juan Pablo, lastimado.

—Sí... Parece buena gente, y me ofreció su ayuda.

—¡Para eso estoy yo!

—¡No quiero tu dinero!

—Sé que no lo aceptarías... Pero si te mudaras aquí, ahorrarías lo de la renta y la comida.

—¿Mudarme aquí?! ¿Contigo?!

—Yo viví casi cuatro meses en tu casa, cuando me peleé con mis padres.

—Pero eso era muy distinto.

—¿Por qué?

—Porque estaba Bru... Porque por aquel entonces nunca hubiera imaginado que querías darme un beso como el de hace un rato... Porque éramos sólo amigos.

—Yo nunca fui solamente tu amigo.

—Mira, Juampi... Te agradezco tu ofrecimiento. Pero es imposible que dos adultos jóvenes y saludables, de distinto sexo, compartan tanto tiempo juntos, sin que vuelen la imaginación y las manos.

—¿Eso fue lo que te ocurrió con Cárdenas?

Paula lo miró adolorida.

Sí...

Seguramente había sido sólo eso.

* * *

El doctor Agustín Lavalle observó a su próxima víctima con el mismo detenimiento que solía usar con los imputados en el Tribunal. Se podía saber mucho de una persona sólo con mirarla. Por ejemplo, era obvio que Paula se había “producido” para bastante más que una simple cena “de amigos”. En efecto, ahora llevaba abierta la camisa de forma invitante; sus pechos parecían más juntos, por lo que, de seguro, se había tomado el trabajo de elegir un buen sostén; y, como si todo eso fuera poco, se había maquillado. Claro que como era invierno Agustín no podía darse cuenta si la muchacha tenía depiladas las piernas, (¡lástima! porque ese era, a no dudarlo, el indicio más concluyente de que una mujer buscaba sexo), pero sí, en cambio, podía jurar que su falda era mucho más corta que la primera vez, (¡buena señal!)

—Hola...

Agustín se apuró a ponerse de pie, para ayudar a Paula a sentarse.

—¿Hace mucho que aguardas?

—Soy yo el que se adelantó —se excusó aquel bello abogado, mientras en su interior maldecía a Roberto, que lo había liquidado en sólo tres sets—. Me gusta llegar

temprano, porque no soporto la idea de hacer esperar a una dama —mintió con descaro, tratando así de obtener algún provecho de último momento a sus pobres habilidades tenísticas.

Lavalle acercó la silla de Paula con deferencia, y, por supuesto, aprovechó tanta gentileza para lograr un primer contacto.

—Me encanta tu perfume —comentó mientras simulaba oler su cuello.

Paula suspiró. Aquel era el derrotero típico de una primera cita. ¡Qué poca imaginación! Tanto almíbar como aperitivo comenzaba a asquearla.

—Es jabón barato —se apuró a responder.

—Pues en ti huele como el mejor.

¡Puaj! De tanto dulce ya se estaba empalagando... ¿Acaso aquella iba a ser otra de esas cenas aburridas?

—Jamás pensé que me invitarías a un lugar tan elegante. No creo estar vestida para la ocasión.

—¡Por favor! Estás encantadora... Y tu traje es... clásico.

—¿Te gusta mi traje?

—¡Por supuesto! Te queda pintado.

—¡Que suerte!... Porque este fue, de todos, el que menos me chingaba.

—No entiendo...

—Vengo de trabajar... Hasta que aparezca algo mejor, he aceptado hacer de recepcionista en una exposición, aquí en la otra calle, en el museo.

—Entonces el traje no es tuyo.

—¡Ni muerta lo hubiera elegido! La falda es muy corta, y la camisa me aprieta.

—¡Qué alivio! Porque, sinceramente, me parece horrible...

—Entonces esto “sí” es una cita.

—¿Cómo?

—Mentiste con lo del traje, mentiste con lo de la cita.

El doctor Agustín Lavalle sonrió con el mismo descaro con que solía hacerlo en el juzgado, cuando sabía que, a pesar de todo, llevaba las de ganar.

—Todos los hombres mentimos un poco a la hora de conquistar a una bella mujer.

Paula lo observó con detenimiento, al punto que el otro se incomodó.

—Si lo rechacé a Cárdenas, ¿por qué piensas que te aceptaría a ti?

—Puede ser que exagere un poco cuando quiero halagar a una mujer, pero, a diferencia de Ezequiel, yo soy

fundamentalmente un buen tipo. Es evidente que tú sabes apreciar la honestidad y la transparencia en un hombre. Y por desgracia esas son palabras que no figuran en el diccionario de nuestro jefe... ¿Sabes?, hace ya cuatro años que trabajo con él, y en todo ese tiempo, jamás vi a una tía que lo rechazara como lo hiciste tú... Sólo eso bastó para que me conquistaras.

—Pues no vas a ganarme mintiendo. Para eso está Cárdenas.

Agustín sonrió.

—Me gustas mucho, Paula.

El camarero se acercó con la carta de vinos. El doctor Lavalle contempló la lista, y eligió sin dudar el más caro.

—Demasiado tanino —murmuró su invitada.

—¿Cómo?

La joven se dirigió directamente a él.

—Te sugiero que pidas este malbec. No te vas a arrepentir.

—Se hará como dice la dama, entonces —ordenó Agustín de inmediato.

—Se nota que la señorita sabe de vinos —comentó el “somellier”, encantado— En efecto, el otro tiene demasiado tanino, y el sabor queda un tanto opacado.

Paula esperó a que el camarero se retirara, para hablar.

—Disculpa... No he querido pasar sobre ti, pero soy mendocina, y me crié entre bodegas...

—¡No te preocupes! —respondió Agustín de inmediato, mientras aprovechaba para tomarle la mano— No soy del tipo de hombre que se siente amenazado por una mujer inteligente.

El joven abogado volvió a mirarla. ¡Raro! Esa Paula comenzaba a gustarle de verdad.

—Entonces..., ¿te parece bien el lugar?

—Me intimida un poco.

—De seguro Cárdenas te llevaba a sitios mejores...

—¡Cárdenas no me llevaba a ninguna parte! —estalló su acompañante.

—¿Cómo?... ¿Entonces entre ustedes nunca hubo una relación?

—¡Por supuesto que no!... Desconozco el motivo por el cual mi jefe hizo lo que hizo, y, francamente, esperaba que esta noche tú me dieras una pista para poder entenderlo.

—Ezequiel es un hombre muy reservado...

El “somellier” se aproximó con el vino que, en verdad, era excelente. Luego llegó el camarero con el menú. Paula tomó la carta, y si bien no permitió que nada en su gesto lo delatara, se espantó por los precios de los platillos. Esperó a que estuvieran solos, y se sinceró

—Disculpa..., eh... ¿podrías creer que no recuerdo tu nombre de pila?!

—Agustín.

—Disculpa, Agustín, pero he notado que con lo que va a costar esta cena, bien podría alimentarse una familia durante un mes. Por supuesto sé apreciar las bondades de una buena cocina, pero no me gustaría comenzar nuestra relación con un malentendido.

—No sé a que te refieres... Claro que era mejor cuando los precios no figuraban en el menú, pero ahora hay una ley. Sé que mezclar dinero con comida quita el apetito, pero... eres mi invitada. En tal caso, ese es mi problema.

—Y también el mío... Por algún motivo que desconozco, los hombres porteños creen que por el hecho de pagar una cena se hacen merecedores de...

—Yo no soy como los demás... Y, por otra parte, si lo fuera, sería el tipo más idiota del mundo al invitarte. Es obvio que si has rechazado los quinientos mil dólares de Cárdenas...

Paula sonrió. Sí, era cierto... Y eso le sumaba un montón de puntos al tal Agustín... Quizás era hora de comenzar a relajarse.

—Tendrás que tenerme paciencia —se disculpó con una bella sonrisa—. Desde que he llegado a la Capital no he tenido buenas experiencias.

—Sí... No es nada fácil tener principios en esta ciudad. Quizás por eso todavía continúo soltero...

“Por eso, y porque el estúpido de mi futuro suegro se gastó todo su dinero justo antes de la boda, con una puta”, pensó Agustín amargado.

—Sí... Hoy en día nadie entiende el concepto de “castidad”.

Los ojos de Agustín se iluminaron.

—¿Eres virgen todavía?

—No, soy viuda... ¡Pero la castidad no es sólo para los vírgenes!

—¿Viuda? ¿Tan joven? ¿Qué edad tienes?

—Veintisiete, pero estuve cinco años casada.

—¡¿Cinco años?!

—Es una historia dolorosa. Mi marido también era periodista. Apenas había cumplido los veinticinco, cuando un tipo al que estaba investigando por un negocio sucio, un tal Eusebio Cantagalli, lo mandó asesinar.

—¿Eusebio Cantagalli?

—¿Lo conoces?

—Cuando comencé a trabajar con Ezequiel, él lo estaba investigando.

—¿A Cantagalli? ¿Estás seguro?... Cárdenas jamás lo mencionó.

—Ni lo va a hacer. Por aquellos días, recuerdo que me trajo unos contratos que el tal Cantagalli había firmado con el gobierno de turno, y que eran una verdadera aberración legal. No sólo se le había asignado “a dedo” una valiosa concesión municipal, sino que también se le garantizaba por ley una ganancia mínima. ¿Entiendes? Hiciera lo que hiciera, cualquiera fuera la calidad de su servicio, jamás iba a perder ni un sólo centavo.

—¡Claro que entiendo!... ¡Era el mismo tipo de contratos que investigaba mi marido!

Lavalle observó una vez más a la muchacha. Era evidente que el odio y la sed de venganza hacía fluir en ella una descarga de adrenalina imparable. Sus mejillas estaban ahora rojas, su mirada brillaba, y su pecho palpitante parecía querer soltar el botón que lo aprisionaba. Se veía excitada y salvaje, bastante alejada de la muchachita ñoña y recatada del principio de la conversación.

¡Por allí iba a tener que correrla, si la quería sacar buena!

—Como sea, querida amiga, lo cierto es que cuando Ezequiel ya tenía al tipo agarrado por los cojones, con la misma rapidez con la que había empezado, de un día para el otro olvidó el asunto, y me ordenó mandar todo lo investigado al archivo.

—¿Crees que Cárdenas tuvo miedo?

—¿Ezequiel?! ¡Por supuesto que no!... El muy desgraciado no le teme a nada.

—¿Entonces?

—Para nuestro querido jefe todo se negocia... Estoy seguro que luego de tanta investigación, Ezequiel se debe haber vuelto un poco más rico, y Cantagalli bastante más pobre.

Paula se quedó pensativa.

—Quizás por eso se enojó tanto... —reflexionó en voz baja, olvidando la presencia de Lavalle.

—¿Cómo?

—Un día busqué en los archivos de Cárdenas información sobre Cantagalli, sin su permiso. Por supuesto él se dio cuenta de inmediato, y se puso furioso. Nunca antes lo había visto así.

—¿Conoces la clave de acceso a los archivos secretos de Ezequiel?!

—Me la dio para que pudiera trabajar.

—¡Dios mío! Nunca antes supe de alguien a quien se la hubiera dado. ¡Esa clave vale fortunas!

Los ojos de Lavalle brillaron de codicia.

—¿Todavía la recuerdas? —preguntó, esforzándose por no parecer obvio

—Puedes imaginarte que si así fuera, no te la daría... Además, de seguro ya la ha cambiado.

—Pero igual es un dato valiosísimo. Todos seguimos un patrón a la hora de elegir claves. A veces son fechas, otras, nombre de parientes, o comidas... Si conoces una clave previa, es más fácil averiguar la actual... —y, tratando de sonar inocente, agregó—. La verdad, no imagino cuál será el patrón que sigue Ezequiel...

El doctor Lavallo miró a su invitada, buscando una respuesta, o, aunque más no fuera, una pista. Pero Paula no era tan tonta. ¡Por algo Cárdenas le había confiado su secreto mejor guardado!

Sí... Aquella muchacha cada vez le gustaba un poco más... ¿Qué tan inalcanzable sería?

—¿Puedo hacerte una pregunta, Paula?

—Mientras no sea la clave... —respondió la otra con desconfianza.

—¿Eres Testigo de Jehová?

—¡No!... ¿Por qué?

—Bueno, ellos son muy estrictos respecto al sexo.

—Los católicos también. Y se supone que este es un país católico, ¡pero cuando hablas de castidad!

—¡Te entiendo!... A mí me ocurre lo mismo...

Por toda respuesta, Paula lo miró con sorna, así que aquel doctor mentiroso se vio en la obligación de justificarse.

—Me refiero a... ¡Yo también soy católico!...

—Pero de seguro, a pesar de ser soltero, no eres virgen...

—No..., claro que no... Pero sólo he tenido relaciones con dos novias.

“Y le he roto el culo a otras dos mil más”, pensó, divertido

—¿Eres practicante? ¿Vas a Misa?

—¡Por supuesto!... No todos los domingos, pero sigo confesándome y comulgando una vez al año. ¡Mi tío es sacerdote en la Iglesia de la Merced!

Paula lo miró complacida, y Agustín lo notó de inmediato. ¡El buen tío Horacio! ¡Sí que le daba satisfacciones aquel viejo! ¡Si el pobre tío hubiera sabido todas las mujeres que se había llevado a la cama, gracias a invocarlo como referencia de su honestidad!

Como fuera, aquella muchachita crédula era “pan comido” para él. Nada mejor que aprovechar los ardores de una viuda. Sólo era cuestión de echar un poco más de leña al fuego, y él podría triunfar donde el estúpido de Ezequiel había fallado miserablemente.

Mientras Paula se concentraba en el menú, su compañero aprovechó para desvestirla con la mirada. ¡Sí!

En verdad la joven valía la pena. Quizás no quinientos mil dólares, (¡vamos! que por esa cifra hasta él mismo ponía el culo), pero de verdad valía la pena.

—¿Me entregarás la radiografía a la salida? —murmuró ella, ni bien el otro comenzó a mirar el menú.

—¿Disculpa?

—Nada.

—Sí, es cierto, te estaba observando... Pero es que no me figuro como Ezequiel pudo confundirse tanto contigo. Se nota a la legua que eres una buena muchacha... Por supuesto que alguien estúpido puede pensar que quinientos mil dólares es demasiado dinero como para sentirse ofendido, pero la verdad es que para él no es casi nada. Lo he visto perder trescientos mil en Las Vegas, en una noche de juego... Claro que gracias a eso se ganó la amistad de un mejicano, dueño de una de las principales cadenas de televisión en su país, y pudo venderle el formato de su programa por tres millones de dólares. Y es que Ezequiel nunca da puntada sin hilo.

—Por eso, no entiendo qué pretendía ganar conmigo.

¡Eso! ¿Qué pretendería ganar con aquella niña, que no tenía un centavo? A menos que...

—¿Estás segura de que no provienes de alguna familia millonaria con la que te has peleado?

—Mi familia, en efecto, amasó una pequeña fortuna. Durante años fuimos los más ricos del barrio. Pero mi padre tuvo la mala idea de morirse demasiado joven, y mi madre no era buena para los negocios, así que ahora sólo me quedan buenos recuerdos, y deudas.

¡No! Por lo visto, si el muy jodido de Cárdenas la quería, era para su uso personal. Él era muy capaz de pagar una fortuna sólo por darse un gusto. A menos que...

—¿Crees que Ezequiel se enamoró de ti?

Paula se ruborizó.

Y Agustín se dio cuenta de inmediato, complacido. ¿Cuántas cosas podría lograr si la mujer que su jefe amaba, lo amaba a él? Un hombre enamorado era capaz de muchas tonterías.

—Creo que soy la figurita que falta en su colección —dijo al fin Paula, cabizbaja—. Lo que no me explico es por qué pensó que iba a llegar a mí, intentando comprarme.

—¿Acaso no conoces su historia?

La joven se interesó de inmediato.

—No.

—Ezequiel es huérfano, eso lo sabes...

—Alguna vez mencionó algo que me lo hizo suponer.

—¿Recuerdas los ochenta?... No, eras apenas una bebé... Luego de tanta dictadura militar, al fin había llegado la

democracia. Por un tiempo todo había funcionado de maravillas, pero enseguida comenzó a asomar el fantasma de la hiperinflación. Las cosas eran incomprables, los precios subían minuto a minuto, y la sensación en la calle era de descontento. El nuevo poder se caía a pedazos por su propio peso, y mucha gente estaba nerviosa. Al parecer, los padres de Ezequiel cometieron la torpeza de estar en el lugar equivocado, en el momento incorrecto. Alguien le dio la voz de alto mientras estaban en su automóvil, se asustaron, y terminaron acribillados...

—¡Eso es horrible!

—¡No!... La peor parte es que Ezequiel estaba con ellos. ¿Te puedes imaginar lo que debe significar ver morir así a tus padres, a los diez años?

Paula perdió la mirada, más allá de su acompañante. Por un momento volvió a sentir el sol de un día glorioso de verano, acariciando su piel. Se vio a si misma caminando por la vereda ancha y arbolada... Y luego a él... ¿Qué le quería decir? Ah, sí... ¡Claro! Estaban esperando la noticia... Y quizás él lo imaginó, porque, al verla parada allí, Bru había sonreído de inmediato, levantando la mano para saludarla, justo antes que... Todavía podía sentir en la piel el torbellino de aquel auto pasando junto a ella, a toda velocidad. El estruendo, que no parecía acabarse nunca. Y luego Bru, caído... Bañado en sangre... Aún podía escuchar su propio grito... Todavía tenía adentro aquella desesperación en la piel... Porque había cosas que no se

podían olvidar nunca, y que pasaban a formar parte de uno mismo.

—¿Paula?

—Sí... Te escucho.

—Lo cierto es que nadie sabía que hacer con el pobre huerfanito, así que, de inmediato, lo fletaron rumbo a Miami, hacia lo de un tío paterno. El tipo era un solterón empedernido, con una vida bastante alocada, pero, además, un periodista de cierto renombre. Trabajaba para la CNN, creo. Y claro, ni bien Ezequiel creció, el viejo Cárdenas vio en él a su sucesor, así que lo hizo estudiar periodismo, y le consiguió un puestito lo más lejos posible, como corresponsal en Washington. Al poco tiempo Ezequiel ya tenía una acreditación en la Casa Blanca. ¿Conoces el trabajo de un periodista apostado en una casa de gobierno?

—No exactamente.

—Lo único que hay que hacer es recibir los partes oficiales, chismear, y hacer amigos capaces de darte de tanto en tanto un “trascendido”. Como ves, aquel era un trabajo a la medida de alguien tan simpático y manipulador como nuestro jefe. Pero él, por supuesto, tuvo que darle además un toque extra. Te imaginarás... Tenía un poco más de veinte, su encanto de “latin lover”, y muy poca moral. Fue todo cuestión de unos pocos meses allí, para que ya los guardaespaldas de los senadores no preguntaran cuando lo veían colarse a hurtadillas, ni bien el pobre cornudo de turno se iba de su casa. Pronto ganó cierta reputación con

las damas más encumbradas de la política. Pero tampoco con eso le alcanzó. Como siempre, Ezequiel quería más. Quería dinero. Mucho dinero. Así que un día posó su ambiciosa mirada en la esposa de uno de los hombres más ricos del mundo. El viejo había decidido postularse a la presidencia, sin seguir los canales habituales de la política... Debes recordarlo, porque el asunto fue muy sonado.

—Pero, si no me equivoco, aquel millonario excéntrico se bajó de la candidatura en medio de la campaña, y justo cuando las encuestas comenzaban a favorecerlo.

—¿Por qué crees que hizo eso?... Durante los meses previos Ezequiel no sólo se había acostado con su mujer, una vieja feísima, por cierto, sino que le había sacado uno a uno todos los secretos del marido: el origen oscuro de su fortuna, su participación en el tráfico de armas... ¡En fin!, todo tipo de lindezas...

—¿Estás diciendo que Cárdenas lo chantajeó?

—¡No! Mil veces peor.

—¿Qué puede ser peor que eso?

—Él sabía que teniendo apenas veinte años, no era demasiado creíble, así que hizo investigación, fundamentó su caso, y se presentó ante uno de los periodistas más reputados de por aquel entonces.

—¿Le vendió la noticia?

—Algunos dicen que por cuatro millones, pero yo creo que fueron seis. Ezequiel siempre se va a lo grande...

—¿Ese fue el inicio de su fortuna?

—¡Y todavía era un bebé!... Claro que luego siguió en el equipo del periodista por un tiempo, y gracias a eso, figura en la letra chica de un premio Pulitzer.

—¿Un Pulitzer? ¡Guau!

—Pero su nombre aparece sólo en los subtítulos.

—¡Pero es un Pulitzer!

—Como sea... Al parecer durante algún tiempo más le continuó redituando eso de intercambiar sexo por información. Pero un día alguien comenzó a inquietarse...

—¿Por eso volvió al país?

—Por eso, y porque, con lo que aquí es un hombre poderoso, en Estados Unidos no es nadie. Y a Ezequiel el poder lo enloquece.

Paula entornó sus bellos ojos marrones. No, no era el poder lo que seducía a su ex jefe, sino aquella manía por tener el control de todo. Y ahora que conocía parte de su pasado, comenzaba a entender esa extraña obsesión.

—Quizás por eso me propuso lo de los quinientos mil dólares...

Agustín la observó con curiosidad, y ella le explicó.

—Quizás por su pasado, Cárdenas es un hombre que necesita confiar en los que lo rodean. Creo que por eso me eligió.

—¿Porque sabía que no lo ibas a traicionar?

—¿Alguna vez has visto un dogo argentino?

—Sí... Tengo entendido que son maravillosos con los chicos.

—Y tan fiel con su amo, que no teme dar la vida por él. Por eso se usa para la caza mayor. Por eso, y por su fiereza para atacar. Pero el que los cría para llevarlos al monte, jamás comete el error de encariñarse con el animal. Simplemente lo usa.

—¿Crees que Ezequiel sólo intentaba usarte?

—No lo creo. Estoy segura.

Los ojos de Agustín volvieron a brillar.

¡Sí!... Una perra fiel...

Una buena perra...

¡Y cada rato que pasaba la tal Paula le gustaba un poco más!

* * *

Dos años atrás, Ezequiel Cárdenas había inaugurado en su revista lo que él llamaba “La página del idiota”, quizás

porque ya estaba cansado de escuchar decir que en “RLP” cualquier idiota opinaba. Aquel era un espacio teóricamente disponible para los lectores, en tanto y en cuanto se hicieran cargo de sus dichos. La revista, en cambio, deslindaba en forma explícita toda responsabilidad sobre lo allí publicado. Los artículos solían tener distinto tenor. Algunos eran quejas de consumidores frustrados, otros, insultos a políticos, o denuncias. Incluso una vez el autor de la nota había sido un niño de doce años, contando con todo detalle el maltrato al que lo sometía su padre.

Muchas de las historias allí relatadas tenían la frescura propia de un texto no escrito en forma profesional, así que aquella extraña sección de la revista se había vuelto, con el correr de los meses, una de las más leídas y comentadas. Quizás por eso Ezequiel comenzó a servirse de ella para hacer públicos todos aquellos asuntos que, de llevar su firma, podían traerle aparejado un dolor de cabeza legal. ¿Cómo lo hacía? Simple. Tomaba a algún pasante o periodista recién recibido, de esos que había tantos pululando por la redacción, se cercioraba que fuera adecuadamente pobre, (¿quién quería demandar a alguien que ya estaba en la calle?), le acercaba toda la información que tenía disponible, y luego le pagaba para que redactara el artículo, y lo firmara.

Durante dos años aquel había sido un sistema perfecto.

Pero hasta lo más perfecto podía fallar...

El último artículo de “La página del idiota” había sido brillantemente redactado por un ambicioso jovencito, denunciando a un diputado de la nación. Era un conjunto de “dimes y diretes”, que gracias a la pluma de aquel niño, terminaban resultando convincentes. La nota había levantado bastante polvareda, y Cárdenas estaba feliz. Pero, por desgracia, desde que se había empeñado en investigar al presidente, Ezequiel se había vuelto un tanto descuidado con sus demás asuntos. Un día, en un apuro, había cometido el error de garrapatear una nota a su novel redactor. Ahora ese pequeño papel se había convertido en el inicio de un gran problema. El muchacho se lo había vendido de inmediato al diputado. Aquella era la prueba contundente que demostraba la farsa detrás de “La página del idiota”, y que arrastraba a “RLP” a los tribunales, para hacerse cargo de las opiniones allí vertidas. Y no era sólo cuestión de los cientos de miles de pesos que hubiera debido pagarle al político por haberlo difamado sin pruebas, ni siquiera la vergüenza que significaba tener que retractarse. No, era mucho peor. Aquel precedente daba pie a decenas de acusaciones semejantes, (al menos una por cada “Página del idiota” publicada), y ponía en riesgo, no sólo la continuidad de “RLP”, sino también el buen nombre y la credibilidad de Ezequiel Cárdenas. Así, por un simple error, todo su imperio podía venirse abajo en cuestión de horas.

Desde que había llegado la denuncia, no se había hablado de otra cosa en la redacción. La cara de todos anunciaba el peor desenlace, y hasta el pequeño escándalo

del martes entre el gran jefe y una muchacha, había sido olvidado rápidamente.

Aquel viernes la noticia había corrido como reguero de pólvora. A las ocho de la mañana se había presentado a la redacción el diputado presuntamente difamado, seguido por un séquito de abogados, y dos oficiales de justicia. Tenían una orden de allanamiento, y parecían hablar en serio. Lo extraño era que, a pesar de la hora, y como si los hubiera estado esperando, el mismo Ezequiel Cárdenas había salido a recibirlos.

Cuando llamaron a Agustín a su casa para que se presentara en la redacción de forma urgente, él no se inquietó. Si su jefe estaba tranquilo, no tenía verdaderos motivos para temer. Pero cuando, luego de cuatro horas continuas de reunión, Cárdenas apenas se había limitado a escuchar, mostrándose todo el tiempo cabizbajo y meditabundo, el doctor Lavalle comenzó a temblar.

Las pruebas eran contundentes. El papel no mentía, y aquellos leguleyos conocían a la perfección su oficio, y valían cada centavos de los trescientos dólares la hora que se les pagaban.

Ezequiel parecía entregado. Había aceptado mansamente cada acusación, y sólo se había mostrado irreductible al exigir la presencia del juez de turno para llevar a cabo el allanamiento, invocando la importancia que tenía el preservar intactos los privilegios de la prensa escrita.

Casi al mediodía, dando ya todo por perdido, Agustín decidió cambiar rápidamente de estrategia. Comenzó a esforzarse por caerle simpático a uno de los dueños del lujoso estudio que patrocinaba al diputado. Un trabajo en su bufete era una buena opción si, como anticipaba, la publicación de Cárdenas dejaba de existir. Y es que, al parecer, ya no faltaba tanto para que las siglas de la revista pasaran de “RLP” a, simplemente, “R.I.P.” (o, como diría su tío Horacio, “Requiescat in Pace”)

Pero en el preciso momento en que su servilismo llegaba al máximo nivel, una secretaria entró, anunciando la llegada del juez.

Ese era el fin. Ya no había más excusas. El allanamiento estaba a punto de comenzar.

Y cuando ya todo se desmoronaba, Ezequiel Cárdenas, impávido y todavía con aquella maldita sonrisa en los labios, simplemente apagó la luz.

Para desconcierto de los presentes, de la nada bajó una pantalla gigante, y comenzó la proyección.

¡El muy maldito!

Ezequiel siempre guardaba un as en la manga. Tenía videos de todo. Y aquel en particular, era demoledor.

Una vez acabada la función, los costosos patrocinantes del diputado se apuraron a meter violín en bolsa, (junto con los dólares de sus honorarios), y a huir como ratas, dejando sólo a un triste novato como representante. El juez se

apresuró a incautar el video, que justificaba con creces todas las acusaciones vertidas en “La página del idiota”. El diputado lloró, implorando clemencia, al igual que el joven reportero, que había soñado tontamente con pasar a la historia como “el hombre que se había burlado de Ezequiel Cárdenas”.

Para las dos de la tarde ya todo se había terminado. Sólo quedaban Agustín y Ezequiel en la sala de reuniones. La carnicería había sido tan violenta, que al joven abogado, todavía en shock, le parecía ver sangre chorreando por las paredes. Claro que, por fortuna, finalmente no había sido la suya.

Una vez más el gran Ezequiel Cárdenas había vencido.

¡Ese desgraciado!

El doctor Lavalle observaba ahora a su jefe a la distancia. El muy hijo de puta se veía satisfecho, mientras tomaba notas, (¿qué mierda tenía tanto que anotar?), indiferente a su presencia.

—¿Puedo preguntarte cómo obtuviste el video?

—Sabía que si alguien hacía pública la historia, iba a terminar apareciendo una prueba. Hoy en día, con tanto celular con cámara dando vuelta, hasta un escolar puede ser un testigo fidedigno.

—Debe haberte costado una fortuna.

—Un poco más... Pero bastante menos de lo que te pago a ti por hacer el triste papel que hiciste.

—Entenderás que tenía que cuidar mi trasero.

—Nada más inútil —respondió su jefe en forma enigmática.

¿Qué le habría querido decir? ¿Que había hecho mal en humillarse antes de tiempo, o que daba lo mismo, porque ya tenía el culo roto?

Mientras su jefe seguía sonriendo, el doctor Lavallo sintió que una rabia ciega comenzaba a invadirlo.

—Bueno... Esta vez es una victoria. Lástima que no siempre se puede ganar, ¿no?.

—¿A qué te refieres?

—A Paula Ventura.

—Olvídate de ella.

Cárdenas volvió a sus papeles, pero el joven abogado no se dejó engañar por su pretendida indiferencia.

—¿Ya decidiste que vas a hacer para ganártela?

—Olvídate de ella.

—Pero vas a insistir, ¿no?

—Jamás lo hago cuando se trata de una mujer. A estas alturas ya tendrías que saberlo.

Agustín no era idiota. Mientras hablaba, su jefe no había dejado de escribir en ningún momento, ¡pero a él no lo engañaba!

—¿Por qué te interesa tanto, Ezequiel?... ¡Vamos!, la muchacha es común y corriente. ¡Y quinientos mil dólares es mucho dinero!

Cárdenas olvidó sus papeles, para observarlo.

—¿Por qué te interesa a ti?

El doctor Lavalle agachó la cabeza, incapaz de resistir la mirada inquisidora de su jefe.

—¿Acaso has vuelto a verla? —insistió Cárdenas.

—¡Por favor! Nunca interfiero con tus asuntos —mintió su empleado.

Y estaba seguro de haberlo hecho con el arte necesario como para engañar incluso a aquel desconfiado.

Por las dudas, Agustín se apuró a salir de allí cuanto antes.

Aquella mañana había sido ya suficientemente complicada, como para añadirle una preocupación más.

Y bastó que su empleado desapareciera de su vista, para que Ezequiel Cárdenas tomara el teléfono.

—Hola... ¿María? Pásame con Carmen, por favor... ¿Carmen? ¿Puedes revisar disimuladamente la agenda de

Agustín? Dime si tiene alguna cita con una tal “Paula Ventura”... ¿Sí?... ¿Hoy? Ah, ayer. Muchas gracias.

Ezequiel Cárdenas se apuró a colgar, y de inmediato se quedó pensativo, entornando sus bellos ojos azules.

“De todos los hombres del mundo...”

* * *

Martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo. ¡Seis días! ¡Sí! Hacía ya seis días completos que no pensaba en Cárdenas. ¡Casi una semana!

¿Cómo había podido imaginar que se había enamorado de él?!

Nada más ridículo. La prueba estaba en que, en los últimos días, apenas lo había recordado... Por supuesto que el martes no se podía contar, porque había llorado toda la noche. Pero eso sólo lo había hecho por rabia e incertidumbre... Y si el miércoles se había levantado con una opresión en el pecho, era porque, por supuesto, extrañaba. ¡Pero no a Cárdenas!, sino la rutina del trabajo. Los desayunos compartidos, la asignación de tareas. Por fortuna, el empleo en el museo había logrado distraerla. Entre indicación e indicación apenas le había quedado tiempo para sentirse melancólica. Y luego había llegado el jueves, y la cena con el encantador Agustín Lavalle. Gentil, educado, atento. ¡Claro que había pensado en Cárdenas el jueves! Pero sólo porque la había conmovido el

enterarse de su pasado... Sí... Quizás ese y sólo ese era el motivo de aquella extraña conexión que había existido desde un principio entre los dos. Ambos habían experimentado el horror de presenciar el asesinato de un ser querido. Era algo difícil de olvidar. Y sólo por lástima, Cárdenas había ocupado sus pensamientos el día viernes..., y el sábado. Pero hoy, domingo, podía decir con satisfacción que su jefe era parte del pasado. ¡No había perdido ni un sólo minuto pensando en él!... O evocando el fulgor de sus bellos ojos azules... O el tono de su voz ronca, cuando despertaba por la mañana.

Sí, después de todo, irse de su lado no había sido tan difícil.

Paula miró la hora en su reloj. Las ocho menos diez. Si ponía un poco de empeño, podía subir hasta su departamento, tomar una ducha rapidísima, y llegar a la Misa de las ocho y media. Odiaba dejar sus obligaciones con Dios para el final, pero no podía darse el lujo de poner condiciones a la hora de aceptar un trabajo. De allí en adelante tendría que resignarse a cualquier cosa, si quería sobrevivir. Por supuesto que aquel domingo había comprado el diario en busca de una oportunidad. ¡Nada más ridículo! Nadie buscaba una “licenciada en Ciencias Políticas”. A lo sumo figuraba dentro de la lista de “aceptables” como premio consuelo para algún puesto de mala muerte. Luego de tantos años, se sentía defraudada por su vocación. Si, en verdad le había fascinado estudiar la carrera. Pero la política de la vida real era mucho más sucia

y oscura que la que se aprendía en los libros de historia, y trabajar en ella no la entusiasmaba en absoluto. ¡Y ni hablar de encender esa pasión que...!

Por un segundo se perdió en el destello que solía tener la mirada de Cárdenas cuando escribía uno de sus artículos...

Pero fue sólo un segundo, así que no contaba.

Si... Olvidarlo le había sido fácil.

¡¿Cómo había podido imaginar que se había enamorado de...?!

Paula abrió la puerta de su departamento y se estremeció.

Él estaba allí.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

A través de mis ojos

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite*

<http://www.claravoghan.com.ar/>

Una novela romántica diferente.